Año 1948 / 25 abril 19 ABC (5D)

LA CONVERSACION EN CRISIS

DIFICIL nos será saber si los cafés se mueren porque la conversación se muere o si es la conversación la que se acaba porque los cafés se acaban. Lo indudable es que, sea cuál sea causa y cuál efecto de ambos hechos, la conversación ha entrado en crisis y sus oficiantes menguan, y sus santuarios se clausuran, y su civilizado placer se agosta. Las tertulias literarias, que eran a los cafés como el nido al árbol, siguen su misma suerte y disminuyen también. Yo no he sido, de ordinario, hombre de tertulias. Mi dromomanía característica me ha empujado siempre, saltarinamente, de uno a otro lugar; pero confieso que debo a algunas las horas más risueñas y afiladas de mi vida. Lloro, pues, su ocaso con lágrimas de honda nostalgia y pienso que, antes de que el fin les sorprenda, merecerían, al menos, como las abejas, un Metterlink que estudiara y analizara sus usos y costumbres; sus orígenes y su reflexiva elección de lugar, las razones de su horario y de las incodificadas atribuciones de sus más o menos concretas presidencias; sus movimientos retráctiles y de defensa ante la llegada del intruso, el proceso de expulsión o de absorción, al fin, del catecúmeno, su entera biología... Y que lo estudiara pronto, puesto que el angustioso "Mane Thecel, Fares" ha aparecido ya escrito en sus paredes.

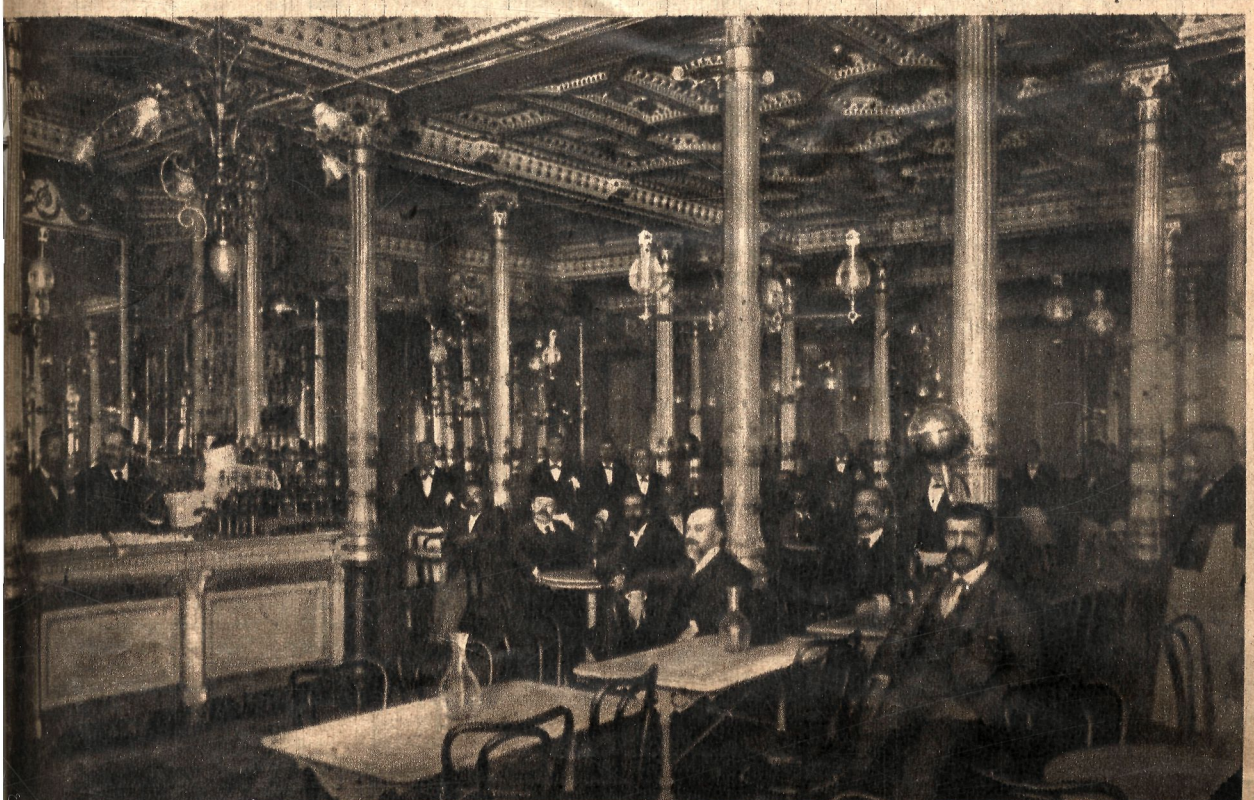
¿Agonía de las tertulias tan solo? No, algo peor: del arte de conversar. Se conversa hoy mucho menos que antaño, y así, poco a poco, los escenarios naturales de la conversación van cayendo uno tras otro. Tal vez fué, este de conversar, el supremo perfume de ciertas épocas en las que el menor movimiento de la hoja en la rama, podía ser glosado menudamente. En el dieciocho había maravillosos salones, en el diecinueve, bulliciosos cafés, en los que cada evento, por minúsculo que fuera, se batía en la alquimia de mil comentarios agudos. La era de los salones pasó; la de los clubs, también. Ahora pasa la de los cafés. A estos les reemplazan los "bares", donde la estadía es siempre breve y el sillón casi anacrónico. A aquéllos, las Asociaciones deportivas, en las que la fatiga, tras el juego, llamará al reposo mejor que al discurrir de las ideas.

Se conversa menos, sí, se conversa menos. En el teatro, el puro diálogo de los actores, si no flota por cima de una acción trepidante, es recusado. La humanidad se deja robar por el "cine" millones de horas diarias, que hubieran entregado a la conversación medio siglo atrás, y nadie olvide que, para que ese robo sea completo en el "cine", los entreactos se rechazan desabridamente, por extemporáneos. Parece como si las nuevas generaciones nada tuvieran que decirse en los descansos y que la deglución de dos o tres kilómetros de imágenes a partir de las seis y media constituyera el único objetivo de muchas vidas jóvenes. Esto, aparte, la "radio", que mete en nuestros hogares las voces ajenas, es sobre la base de enmudecer las nuestras. El locutor habla para todos, como el lectoral en los refectorios. El resto se calla. Aun hay más: el "bridge", en el que los escuetos vocablos de la subasta se alternan a veces con la estridencia de feroces disputas, pero en cuyas lindes nunca fué admitida la bella digresión de un comentario o de una noticia, enseñorea los últimos casinos.

"Un locutor habla para todos, como el lectoral en los refectorios..."

Se viaja, se rinde, se produce a marchas forzadas, pero a costa de conversar menos. Ahora bien: ¿con qué sustituir esa resplandeciente mariposa que se nos va? ¿Qué vale tanto como para reemplazarla? Yo, personalmente, casi lo ignoro. El ser partícipe de una conversación afín, cuando el pensamiento de todos se enrosca al tema licitado y los mejores atinan a desmenuzarlo sutil, delicada y armoniosamente, es un auténtico placer de dioses. Más allá de la chimenea encendida o de la taza del delicioso café o de la copa de licor, el tiempo fluye sin sosiego. La magia de conversar nos libera de la sumisión a su ritmo implacable. Hablar más y hacer menos, podría ser un lema revolucionario, aplicable a los tiempos que corren y que acaso nos descubriera la felicidad. Sobre todo, hacer menos. Ahora que tan grave parte de lo que se hace, se hace mal.

Joaquín CALVO-SOTELO



"...en el diecinueve, bulliciosos cafés, en los que cada evento, por minúsculo que fuera, se batía en la alquimia de mil comentarios agudos..."